

HELENA

LAS VOCES A LA VEZ

*¡Diecisiete años!, ¡serás dichosa!
¡Prados sin cerca!
¡La extensa campiña amorosa!
-Di, ¡ven más cerca!...
Tu pecho encima de mi pecho franco.
las voces a la vez...*

RIMBAUD

SE HA QUEDADO PARADA FRENTE A LA PALMERA. ACOMODA EL mechón de pelo que le cae sobre la cara y mira el reloj pulsera de su mano derecha. Está sola, parada, quieta y sola; medio recargada en un muro de cemento frente a una palmera que tiene de fondo un manto azul de cielo despejado. Aguarda a alguien, eso es obvio; a le-guas se ve que tiene una cita.

Llamémosla Helena. No se mueve, si acaso apenas lo suficiente para cambiar la pierna de apoyo de vez en cuando. Hace calor. El aire denso se posa sobre con

Helena Santamaría, porque ése es su apellido, y parece habersele quedado pegado a la piel. Así es como observo e imagino a Helena.

Pienso lo que ella debe estar pensando. Por ejemplo: Pienso que a Helena Santamaría en este momento se le ocurre, quizá, porque mira la palmera, pensar en el mar.

Trae a su memoria un misterio con sabor a sal, algo cálido y húmedo que es mitad espuma mitad saliva. De inmediato, sigo pensando que piensa, ella, con el pensamiento unido a la línea del horizonte, recuerda las ganas que tiene de meterse otra vez al mar. Helena lo ignora, pero yo la veo. La he estado observando desde que llegó a ese pedazo de la calle, que ahora parece ya del todo suyo.

Es muy joven, lo sé, no lo supongo, dieciséis, a lo sumo diecisiete. Helena cree mirar el mar dentro de la palmera y yo creo mirarla a ella dentro del mar, penetrando lenta, ceremoniosamente a lado de un perro negro. La playa está sola, tan sola como Helena mientras espera. Ella camina hacia las olas, éstas la reciben, la abrazan, se la van tragando como en un contraparto. El perro se va con ella, la pierde y

regresa mojado a la orilla. La ceremonia termina. Yo lo he visto todo dentro de Helena Santamaría, pero ella no lo sabe, no sabe siquiera que la miro mientras ella mira.

Da gusto verla. Se asemeja a un cuadro que nos impacta. No se mueve del sitio donde lo hemos encontrado; y sin embargo, de alguna manera, siempre novedosa y sorprendente, consigue moverse dentro de sí. Es ahí donde radica su armonía. Lo mismo sucede cuando se mira a Helena Santamaría. Su cuerpo es el marco, la contención, no muy segura, de movimientos que amenazan con desbordarse.

Ahora caigo en la cuenta: se ha vestido para ese alguien. Esa falda tan corta y la marca de rubor en las mejillas son más que un tributo a las miradas impertinentes de esta ciudad que no es la suya. Está radiante; espera a un alguien sin rostro y sin nombre que no llega. Levanta un brazo para llevar la mano a la cabeza. Se mueve el pelo, se lo acomoda y desordena indiferente a quien fantasea con ella. Con ese movimiento queda al descubierto una playa de polvos blancos, como se me ocurre llamar a la axila, rasurada esta mañana.

Y si tuviera yo la seguridad de que hace por lo menos tres años que se rasura, y de que la primera vez le ardió tanto que llegó a la escuela oliendo a loción de hombre, pues fue la lavanda de su papá lo primero que halló a mano, ¿cambiaría eso algo? ¿Hubiera alterado lo que luego pasó entre ella y yo el saber a ciencia cierta, tanto como para escribirlo, que quitarse el vello de las piernas y las axilas fue el segundo cambio importante después de su primera regla?

Viene a mi mente la Helena de antes, la real, no la que sigo viendo con la palmera de fondo, sino la del pasado, aquella que es recuerdo y, por tanto, realidad.

Cuando sobrevino su primera regla en medio de un partido de volibol en el patio de la secundaria, todavía no era mi alumna, estaba apenas en segundo. Al año siguiente le di clases. Helena era ya el sospechado misterio que sigue siendo.

Me guío por el recuerdo, ya no por la imaginación:

—Yo te conozco— me dijo una tarde que nos encontramos en un pasillo cuando ya le daba clases.

—Yo también.

—En serio, sé dónde vives y que trabajaste en la guardería del Seguro mientras terminabas la carrera, ¿o no?

—¿Quién te dijo eso?

—Tengo mis fuentes. Además somos del mismo signo.

—¿De veras?

—Escorpión, adiós.

Yo soy Piscis, pero eso no importó en aquel momento. Ese el único dato en el que estaba equivocada. Para resolver cómo es que había logrado saber sobre mí supuse que tenía algún pariente que me conocía y la había puesto al tanto. Así fue, tenía una tía, enfermera, compañera de trabajo en la guardería del Seguro. Con Helena, desde un principio, la imaginación fue un augurio de realidad.

Por la tía se enteró también de otros episodios de mi vida como el reciente divorcio y la razón por la cual tengo una pierna más corta que la otra: polio. De todas maneras lo hubiera sabido. En la ciudad en que Helena y yo vivimos, a pesar de ser la capital del estado, todo termina por saberse. Allí, más tarda en pasar algo, que lo que la gente demora para enterarse.

Con Helena, en cambio, siempre fue al revés: primero había que imaginar, para luego aguardar a que el hecho ocurriese.

Sigue de pie frente a la palmera. El fondo se conserva azul, la luz no lo ha cambiado. Helena se dobla para rascarse una rodilla, ahora parece ya un poco fastidiada, no tardará en irse. Se rasca sin levantar la vista. Confirmo mi idea: Helena Santamaría se vive como palmera, como evocación marina. Ella es el anuncio del mar nuestro, tuyo, de aquél. Helena nos pertenece, ahí parada, a todos, a cuanto quiera ponerse a mirarla. Mas al ser de todos, es de nadie.

Mientras tanto yo, como a un retrato fundador retorno a la imagen de Helena, mi alumna. Corre por el patio, mostrándome que a los catorce vivir es un peligro requerido. Que se vive con la convicción de que adelante hay un abismo al que resultará divertido saltar.

La prisa en el hablar de Helena Santamaría contrastaba, empero, con cierto aire de parsimonia que imprimía a sus actos. Lograba, no sé cómo, que dejarse ir, desbocarse, apareciera más como un obsequio

al deseo del interlocutor que fruto de sus propias ansias. Bajo esa ley no escrita, nos fuimos haciendo amigos.

Hábil para manejar la impaciencia de sus catorce quince, Helena Santamaría se las arreglaba para tirar la piedra y esconder la mano. Los desafíos no eran más que una lista de pruebas que a diario aumentaba en la soledad de su cuarto. No más que eso: pruebas que había superar.

—Tuve un sueño cachondo y saliste tú.

—No quiero enterarme— le contesté sin saber cómo tomar la confidencia.

Fue entonces cuando verdaderamente Helena Santamaría apareció en mi vida. Me dijo que en el sueño llevaba una camiseta blanca de algodón.

—No había forma de secarla, escurría y se transparentaba— completó. ¿Así me imaginarias si escribieras un cuento sobre nosotros?

La visión de Helena parada al pie del arroyo vehicular se proyecta, como una película, sobre la tela blanca de una camiseta increíblemente similar a la que intentó describir al contarme el sueño. Adivino,

no puedo hacer más, a esa mujer-palmera de hoy, trato de encontrar su semejanza con la Helena Santamaría que, en pleno furor de los catorce, me invitó a que me parara a cierta hora afuera del edificio donde vivía porque algo iba a ocurrir.

—No fuiste.

—Ni iré. Somos amigos dentro de la escuela.

—Irás, yo seguiré esperándote todas las mañanas.

—No me parece bien ir a tu casa, ¿entiendes? ¿Sabes lo que dirían tus papás?

—En primer lugar, no es ir a mi casa sino quedarte parado afuera, lo único que quiero es que veas a través de la ventana; y lo segundo, es que mis papás trabajan toda la mañana— Aseveró con seguridad.

Fui. Después de la primera vez, varias más. Se parecían, de alguna manera, a lo que ahora veo sin que ella lo sepa. Aunque hay de por medio una diferencia fundamental: entonces, Helena sabía que la miraba; ahora, no.

Me paraba a cierta distancia del edificio. Ella se daba cuenta que había llegado, mas fingía que no. La mitad del juego consistía en simular. Eso lo volvía más excitante.

—¿Es cierto que en Holanda las putas están en vitrinas?— me preguntó una tarde ya para salir de la escuela.

—No sé.

A la mañana siguiente, volvería al pie de la ventana y ella estaría ahí, fingiendo; ambos simulando: “¡Qué casualidad!, caminaba por esta calle, me detuve un momento, levanté la vista y ¿qué me encuentro?, una adolescente a medio vestir estirando las piernas sobre una silla de un comedor barato. ¡Qué casualidad!”

Ahí estábamos los dos, fascinados con la imagen de ese mirón indiscreto que se topa de pronto con una ventana con las cortinas abiertas y en el fondo una mujer en la alborada de todos los deseos haciendo cualquier cosa de rutina. Rutina y deseo. Helena barriendo con una escoba peligrosidades pegadas a la piel: flotando sobre un piso que no alcanzo a mirar, la sé, la intuyo descalza, casi desnuda, casi vestida.

—Contigo o sin ti, de todas maneras juego. Tú sabes si te lo pierdes— me advirtió el día que al salir de la escuela le avisé que no iría más.

La imagen de Helena testarudamente casi desnuda, casi verdad, corriendo de un lado a otro de la estancia, adivinada a través del vidrio; Helena la niña que juega con un mantel y de súbito le da calor (mientras su maestro observa) y se mete a bañar y regresa (y él sigue ahí, parado, mirándola) con una toalla que cae, no cae, cae, no cae, venció mi promesa de no volver.

Regresé un par de veces más. Helena se entregaba al juego con gozo. Helena nunca me pidió que subiera y entrara al departamento. Tampoco yo me atreví a sugerirlo. Un día, en la escuela me pidió:

—Llévame al mar, será la despedida de nuestro juego.

—¿Cómo crees? ¿Qué dirías en tu casa?

—Podemos ir y regresar el mismo día, si manejás rápido estaríamos en el puerto en dos horas cuando mucho.

¿Quedará de la Helena primera, la alumna, algo más que el nombre en esta segunda Helena a la que sólo alcanzo con la vista clandestina?

Presente: Helena hace el primer intento por irse. Se arrepiente. Sigue ahí. Se baja un poco la blusa y

creo verla tomar los bordes del tejido y llevarlos hacia arriba.

Pasado: Me recargo en un coche y distingo, a través de la ventana unos pezones a punto de abrirse en flor, es la Helena recuperada, la de ayer; presente: es la Helena perdida, la que se acomoda un botón de la blusa, pudorosa, la de hoy.

De pronto, desde un tiempo indeterminado, las miro a ambas, las reconozco y las fundo en una sola Helena Santamaría: eterna, ligera, suspendida, flotando sin peso sobre sus propios pasos.

—Si no quieres manejar nos podemos ir en tren.

—No quiero ir, ¿no entiendes?, simplemente no quiero ir al mar contigo— mentí.

Por supuesto que quería ir; al mar o a cualquier otro sitio donde pudiéramos estar solos, sin ojos vigilantes ni ventanas de por medio. La idea de escaparnos al puerto me entusiasmó mucho al principio. Pero pronto, una imagen cruel comenzó a perturbarme: Era yo en la playa con Helena Santamaría, sin mi zapato ortopédico, con el pie más corto del mundo, caminando ella sobre la arena y yo detrás arrastrándome para llegar al agua.

Limpio los lentes. René, mi amigo oftalmólogo, me prometió que investigaría los costos de una operación. No sé si podría acostumbrarme a andar sin un armazón uniéndome una oreja con la otra. Un coche pasa lentamente, Helena Santamaría se acerca, se va a subir, ¿es ese conductor a quien espera? Se detiene, ella, baja una ventanilla, él, Helena retrocede, le dice algo, no es su cita, el coche no se mueve hasta que el resto de los autos lo obligan a circular. Con un movimiento rápido, Helena se voltea, ahora tiene la palmera de frente, yo veo su espalda descubierta, sin marcas, como un nocturno mar desierto, sin huella alguna de pescadores. Me pongo de nuevo los lentes, sin ellos no veo más que sombras.

—Ahora son míos. Son tu regalo de despedida— dijo y me arrebató los lentes. Esa tarde, logré convencerla de que en cuanto tuviera unos nuevos le regalaría mis “botellones con armazón”. Estábamos cerca de despedirnos.

—Hace mucho que no vas a la ventana.

—Iré mañana, te lo juro.

Tal vez fue en la última clase o un poco antes cuando tuvimos esa conversación. Me preguntó:

—¿Hay mar en Londres?

—Busca en tu libro de geografía, Helena. Vamos a entrar a clase ya— contesté con una brusquedad que a mí mismo me sorprendió, y que ahora creo, tenía que ver con mi dificultad para separarme de ella.

A los pocos días viajaría a Londres a cumplir con una beca del gobierno inglés para hacer un posgrado. Nos estábamos despidiendo y a mí no se me ocurrió otro camino que cortar de tajo y de una vez. Helena lo resintió. Su callada ausencia marcó esa clase, la última juntos.

Ya casi para terminar la hora, quedaba sólo un equipo por exponer su tema. Se pararon al frente como soldaditos y comenzaron a recitar la lección. Yo me fui a sentar en la banca que quedó vacía a lado de Helena. Ella no se inmutó. Luego sobrevino nuestra despedida silenciosa, privada, marina.

Esa clase era la última de la tarde. De pronto, sin lluvia ni truenos de por medio, simplemente se fue la luz. Ordené que nadie se moviera de su sitio, esperaríamos con calma a que se reinstalara el servicio.

Me hicieron caso en cuanto a no moverse, lo que no puede evitar es que gritaran como jauría, protegidos por una casi total oscuridad.

Me iba a parar cuando una mano hizo contrapeso en mi pierna y, tierna pero firme, me obligó a seguir sentado. Era Helena Santamaría. La conductora de manos. La silenciosa guía. No me soltó la muñeca. Ató mi mano a sus dedos delgados y ágiles, y fue llevándola sobre sus piernas. Subió por un camino que ella conocía mejor que yo y la dejó reposar un momento en un pliegue de tela y encaje. Ni una palabra. Ni un respiro alterado, sólo su mano dejando hacer a la mía; depositándola, como se deja a resguardo una fantasía en la memoria, en ese lugar cálido y húmedo como risa, donde muchos creen que residen los augurios.

Olvidado de que la luz podría llegar en cualquier momento, deslicé mi mano y mi mente sobre la grieta tácita que me encontré debajo del algodón. Como una langosta que avanza y retrocede a la vez, mi mano caminó por esa duna de la curiosidad que se abría y se cerraba como si algo palpitara dentro. Con un leve movimiento, mi mano buscó en esa ventana al mar para sumergirse en sus aguas. Helena cruzó las

piernas, buscando que mis dedos quedasen prensados, a merced del compás de esa ranura de espamos que se mecía tomando bocanadas del aire oscuro de aquel salón poblado de fantasmas. Un ligero temblor, casi real, parecido a un atisbo de felicidad, casi verdad, apartó mi sed de la orilla del mar de la inmensidad que, imaginé, viviría por siempre en el fondo de Helena Santamaría.

Se relajó, quité mi mano. Me paré y di por terminada la clase. La luz no había vuelto cuando salimos de la escuela. Helena caminó por su lado, yo por el mío. Una semana después, me fui dos años a Londres.

Sigo mirando su espalda. El color de la palmera hace juego con sus aretes azules. Cruza los brazos, está a punto de irse. Si me acerco, la detengo y no dejo que se vaya caminando podría decirle: "Pero qué sorpresa, encontrarnos en esta ciudad de 20 millones de habitantes, ¿quién lo diría verdad?, ¿ya vives aquí?, ¿estás de vacaciones?, te invito a tomar un café, estás guapísima, te juro que pasaba por aquí y te vi, ¿esperas a alguien?"

— Eso, y todo lo que la he soñado, todo lo que hoy mismo, desde aquí, parado, mirándola sin que ella me vea he imaginado; todo eso le diría. Lo que la he inventado, todo eso le diré, incluso que viéndola moverse se me ha ocurrido un cuento que escribiré un poco más tarde, después de que nos tomemos un café y nos conozcamos. Todo eso, lo prometo, le diré si logró cruzar la calle antes de que ella se marche y yo la pierda sin remedio.

Helena se mueve. La palmera se queda quieta detrás de ella. Helena Santamaría camina; va dejando atrás la palmera plana que anuncia la entrada al restaurante. Alguien no llegó.

Yo, en cambio, llegaría hasta ella, perdiéndose en la multitud, si esta maldita pierna no fuera deteniéndome a cada paso que doy. Ya estoy en la otra orilla. ¿La alcanzaré? Camino, casi brinco para llegar hasta ella. Al fin, su espalda, su pelo largo cayendo, su perfume de añoranza de mar. La toco. Voltea.

— Hola, Helena.

— ¿Perdón?

— Soy yo.

— ¿Perdón?